

ARCHIVO MASÓNICO

Revista Cuatrimestral



Humberto Molina Luco

Nº 45. Santiago, Chile, 1º julio 2018

Salvo indicación expresa en otro sentido, las investigaciones que se publican en *Archivo Masónico* son realizadas por Manuel Romo Sánchez.

Versión digital en:

<https://romosanchez.wordpress.com/>

E-mail: manuel.romo@gmail.cl

Facebook: <http://www.facebook.com/ArchivoMasonico>

Twitter: @romosanchez

HUMBERTO MOLINA LUCO Y LA MASONERÍA DE SU TIEMPO¹



Erik Sariego Velásquez

La Masonería de los años '20 y los primeros pasos de Humberto Molina Luco en la Orden

Humberto Molina Luco es iniciado en noviembre de 1920, en la Resp. Log. "Abnegación" Nº 48 de Viña del Mar, a la edad de 39 años. Para entonces, en su calidad de abogado Jefe del Consejo de Defensa Fiscal, gestionaba un terreno en el cerro Cordillera para reunir en un solo establecimiento las tres escuelas públicas vocacionales femeninas dispersas en Valparaíso, y a la sazón era administrador ad-honorem de la cárcel de Valparaíso, creando el primer patronato de reos de Chile. En 1921, siendo aún Aprendiz, se afilió a la Resp. Log. "Aurora" Nº 6 cuando en sus quehaceres profanos instalaba en nuestra ciudad un albergue para cesantes, lo que le mereció las felicitaciones del Hermano Presidente de la República de entonces, Arturo Alessandri Palma. A esto se va sumando una encomiable labor social en la cárcel, puesto que en 1923, ya establecidos los talleres para que tuvieran trabajo los reos, fundó una escuela para alfabetizarlos; organizó una enfermería; organizó una banda de músicos; y organizó el primer Patronato de Reos que existió en el país; redactó sus Estatutos y obtuvo la aprobación del Gobierno y fue su Presidente por varios años. En días de amotinamiento de reos la recientemente creada Gendarmería llamaba a Dn. Humberto para tranquilizarlos y terminar con los conflictos. Los reos libertos respetaban y estimaban a don Humberto Molina porque –como decían ellos- siempre los ayudó y los trataba como personas. Esto motivó incluso que se formase en la cárcel un Centro deportivo y cultural que llevó su nombre por largo tiempo.

Frente a estos hechos vale preguntarnos... ¿Era esta acción social una individual hazaña filantrópica? o la extensión de una vocación masónica organizada de los iniciados de aquellos años? ¿Qué Masonería fue la que entregó la Luz al profano Humberto Molina Luco?

Hacia 1920 nuestra Augusta Orden aún se sacudía los vestigios del devastador terremoto de 1906 en Valparaíso y del incendio de la recién instalada sede de la Gran Logia en Santiago hacia 1909. La Masonería Simbólica y el Escocismo intentaban superar algunas diferencias que se extendían desde el siglo pasado en torno a los linderos que a cada cual le correspondía en la asignación de grados superiores al tercero. Es la Masonería liderada por los Grandes Maestros Víctor Guillermo Ewing Acuña, y su sucesor, Luis Alberto Navarrete y López.

¹ Adaptación de trabajo leído el 5 de junio de 2018, en el aniversario de la RL Humberto Molina Luco Nº161, de Valparaíso.

Con ellos, la Francmasonería chilena comienza a experimentar un nuevo despegue, sin precedentes en la historia de la Orden, un crecimiento exponencial tanto en la cantidad de logias masónicas como en la vocación docente iniciática, estimulándose con ello el ingreso de profesionales de una creciente y pujante clase media. Es la Masonería que se involucra como fuerza civilizadora, comprometida y operativa frente a los flagelos de la Cuestión Social. En nuestro Valle de Valparaíso se daba cuenta de estas inquietudes, las que a fines del siglo XIX se manifestaban en una acción extramural concreta y muy auspiciosa, como fue el caso de la fundación de la Escuela Blas Cuevas, la primera escuela laica de Chile, gracias a la gestiones del QH.º. Ramón Allende Padín. Y el QH.º. Eduardo de la Barra, por su parte, participaba en la fundación del Centro Carlos Marx, destinado a la formación de líderes obreros para los ámbitos político y gremial², y a la vez, ponía a prueba sus talentos como ingeniero geólogo diseñando el trazado del *Camino Cintura* de Valparaíso, lo que permitiría una intercomunicación vial de los cerros de la ciudad, donde se concentraba la mayor parte de las familias de escasos recursos. En justicia, la actual Av. Alemania y Camino Cintura debiera(n) llamarse Av. Eduardo de la Barra.

Todas estas obras antes habían asombrado a un joven Humberto Molina Luco, quien, como estudiante, tuvo oportunidad de conocer la enorme obra social emprendida por quien había sido Rector del liceo donde él estudió apenas llegado a Valparaíso, y de quien atesoró un valioso recuerdo señalando en sus escritos "...Estudié primeras letras en la Escuela Sarmiento de la Sociedad de Instrucción Primaria de Valparaíso, y Preparatorias y Humanidades en el Liceo de Hombres también de Valparaíso, ahora llamado Liceo Eduardo de la Barra, recordando a este insigne poeta y educador, a quien tuve el honor de conocer porque ingresé a ese Liceo cuando él era rector."³

Los años '20 y la revolución mesocrática bajo la conducción de masones y el QH.º. Humberto Molina Luco afianzando el Estatismo en la Región

En 1920, la elección del masón, vinculado a la Alianza Liberal, Arturo Alessandri Palma prendía aún con más fuerza el propósito de los hermanos que actuaban en política, y particularmente para materializar proyectos como el Código del Trabajo y la separación entre el Estado y la Iglesia, objetivos que debían complementarse con el gran logro que significó la recientemente aprobada Ley de Instrucción Primaria Obligatoria.

Con esta constante de los propósitos masónicos se complementaba la *acción extramural* de los hermanos pertenecientes a la política mesocrática. Un complemento que Molina Luco entendió y emprendió en sus variados quehaceres públicos y logiales.

Entre 1920 y 1931 se potenció una revolución de la clase media dirigida desde la política que adhería al programa de gobierno del presidente Arturo Alessandri, y desde el Ejército, bajo la influencia de un masón, el mayor –luego coronel- Carlos Ibáñez del Campo⁴. El

² Jans Pérez, Sebastián, *La Masonería y el Cambio Social, en 140 años de historia chilena*. www.oocities.org/masonchile/masonycamb.htm, Noviembre de 2001, p.8. Consultado en marzo de 2012.

³ Escrito de Humberto Molina Luco en 1963, sin clasificar.

⁴ Según consta ficha de vida masónica (Archivos de la Gran Logia de Chile), Carlos Ibáñez del Campo, fue iniciado el 30 de Octubre de 1912 en la Logia "Verdad" N° 10 de Santiago. Recibió el Aumento de Salario el 11 de Junio de 1913 y, posteriormente, fue Exaltado al Grado de Maestro el 30 de Noviembre de 1913 en la misma Logia.

proyecto común era transformar el modelo de *República Parlamentaria*, que estaba para entonces en fase de crisis política y social, y que debía desembocar en una administración más centrada en debilitar el peso político de la oligarquía como también en dirigir esfuerzos por paliar los efectos de la *Cuestión Social*; para esto, el Código del Trabajo era la punta de lanza en el programa gubernamental de Alessandri.⁵



Arturo Alessandri Palma

En Valparaíso, el Hermano Molina Luco, ya convertido en flamante Maestro de la RL., “Aurora” N°6 continuaba en su incansable labor como abogado Jefe del Consejo de Defensa Fiscal y lograba inscribir valiosas propiedades fiscales en el Conservador de Bienes Raíces de este puerto; como también del Cuerpo de Bomberos; los edificios de la Aduana; las Estaciones de Ferrocarriles del Estado en la Región; todos los Fuertes de Valparaíso; las propiedades de la Intendencia; del Correo; y de los Tribunales de Justicia. Respecto de las islas de Juan Fernández y de Pascua, también consiguió inscribir las propiedades fiscales, incluso ganar el juicio de dominio sobre Isla de Pascua en contra de Enrique Merlet que pretendía inscribir a la Isla a favor de una firma inglesa.

Junto a lo anterior, era abogado de la Aduana donde también formó una Escuela de Vistas; era también abogado de la Junta del Camino Plano entre Valparaíso y Viña del Mar, bautizada desde 1922 como Av. España. En aquellas actividades del QH., Humberto fue cuando se precipitó el *Ruido de Sables* de septiembre de 1924, con una oficialidad joven del Ejército que dejaba caer un golpe de Estado y la conformación de una Junta de Gobierno, mientras tanto el Hno. Alessandri partía a su autogestionado exilio. Los altos mandos de esta Junta emprenden acciones en favor de los intereses de las Fuerzas Armadas, de los sectores sociales desposeídos, pero también para preservar los de la oligarquía. Esta conspiración oligárquica llega a su fin cuando los oficiales jóvenes, descontentos con la Junta de septiembre, precipitaron un segundo golpe en enero de 1925, conformando un nuevo gobierno en el que había un considerable número de hermanos masones. El masón Ibáñez del Campo emerge como hombre fuerte de este movimiento militar de 1925, del cual existió una acción concertada con algunos miembros de la alta jerarquía de la Gran Logia de Chile. Estos masones fueron los que dieron al golpe militar un cariz revolucionario de clase media, dispuesta a remover a la oligarquía del poder político; como también fueron los que decidieron destituir al Gran Maestro, Adeodato García Valenzuela, por su renuencia a comprometer a la Masonería en los impactos de la contingencia política.

⁵ Vidal, Hernán, *La Gran Logia de Chile*, Mosquito Comunicaciones, Santiago, 2006, p.52.

Fin de la República Parlamentaria e inicios de los años dorados de la masonería en la actividad pública

Tras la caída de la República Oligárquica-Parlamentaria en 1925 comienza un nuevo andamiaje político, donde la Masonería, vinculada a diversos sectores políticos -en especial los partidos Radical y Socialista-, experimenta uno de sus momentos de mayor auge en sus influencias por la consolidación del Estado Republicano, docente, laico y democrático. Estas influencias de masones en diversos círculos de poder, empero, tuvieron que someterse a prueba, ya que no serían escasos los episodios donde las contingencias de orden político, especialmente los momentos de crisis, una vez más, afectaron transversalmente a la Masonería y su imagen proyectada en el mundo profano.

Conocida era, por ejemplo, la irreconciliable relación entre dos masones: el presidente Alessandri y Carlos Ibáñez del Campo. Como también creciente era el peso político del Socialismo entre las Columnas de diversas Logias; situación que se vio acrecentada a inicios de los años '30 cuando cae la dictadura ibañista en 1931, y un año más tarde el masón Marmaduke Grove lideraba la sublevación de la Base Aérea de El Bosque en contra del presidente Juan Esteban Montero, para instalar por primera vez en Chile la República Socialista.

Años de agitación, años de inestabilidad. A la falta de juicios políticos y sanciones de Tribunales, haya sido tal vez la misma Masonería la que hizo justicia frente a lamentables hechos acontecidos en la década de los años '30 en los que gobernantes vinculados a la Orden hayan protagonizado hechos de violencia política. Y basta con leer atentamente la ficha de la vida masónica de Carlos Ibáñez del Campo y Arturo Alessandri. Ibáñez aparece con una CRO a pocos meses de la brutal represión a las manifestaciones de estudiantes y gremios profesionales en 1931, e idéntica situación se puede leer en la ficha de Alessandri, a quien se le otorga CRO a un mes de la matanza ocurrida en el Seguro Obrero en septiembre de 1938.⁶

Para entonces nuestro hermano Humberto Molina, sin dejarse perturbar por la agitada actividad cívica y política de Santiago, participaba en la fundación e instalación de una de las Primeras Logias de Perfección del Escocismo: En 1931, haciendo su grado IV°, participaba en la creación de "Perseverancia" Nº4 en Valparaíso. En 1932 ascendía al grado IX°, y fue Gran Delegado Regional del Gran Maestro Eugenio Matte Hurtado para las provincias de Valparaíso y Aconcagua. Lo anterior le significó ser un eficiente promotor en la fundación de otras Logias y Triángulos masónicos en Valparaíso, Quillota, Villa Alemana, San Felipe y Los Andes. De estas gestiones nacieron posteriormente Logias como "Eduardo de la Barra" Nº70 de Quillota, "Amanecer" Nº71 y "Marina" Nº82 de Valparaíso, y "Luis Alberto Navarrete y López" Nº124 de Villa Alemana, entre otras.

Volviendo a los años '30, particularmente el año 1932, cuando los masones Marmaduke Grove y Eugenio Matte instalaban la República Socialista, el hermano Humberto Molina, siendo Presidente del Club Central de Valparaíso, fue delegado para la Conferencia Masónica Sudamericana, y miembro de la Comisión encargada de las reformas a la Constitución de la Gran Logia y de las reformas del Club de la República. En 1933 es distinguido con el grado de Past-Master por el Gran Delegado de la Gran Logia de Massachusetts. En 1934 fue designado Gran Oficial de Honor y fue elegido Primer Gran Vigilante de la Gran Logia de

⁶ Datos obtenidos con la colaboración de Jaime Solís, archivero de la Sede de la Gran Logia en Santiago, enero de 2007.

Chile, recibiendo sus grados 14° y 18°. En una ceremonia especial, realizada el 24 de marzo de 1934, se reunieron las Logias porteñas “Bethesda”, “Star and Thistle”, “Harmony” y “Lessing”, con asistencia del Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, VH.°. David Benavente, quienes condecoran al QH.°. Humberto por sus valiosos servicios en la regularización de la propiedad del Club Atlas donde aún trabajan hasta hoy tres de las logias mencionadas.

Ya a fines de los años '30, desde el inicio del período de los gobiernos radicales se crea un nuevo escenario político y cívico donde la clase media adquiere un protagonismo como nunca en la historia nacional, ya no sólo en los servicios de la administración pública de un auspicioso *Estado de Bienestar*, sino también en las altas esferas del poder. Un gobierno extraordinariamente realizador como el del QH.°. Pedro Aguirre Cerda; con un proyecto industrializador del país a partir de la creación de la CORFO, y un amplio despliegue en la fundación de escuelas y liceos, generaban en el imaginario colectivo nacional la idea de que la Masonería estaba detrás de todas estas acciones.



Pedro Aguirre Cerda

Hacia 1941, el Frente Popular se encontraba en su ocaso una vez obtenido el triunfo electoral del radical y masón Juan Antonio Ríos, y con un numeroso contingente de hermanos en variados cargos públicos. Empero, las relaciones de la Masonería con el espectro político de aquellos años se iban distanciando. Los sectores conservadores y las fuerzas de izquierda miraban con antipatía todo lo relacionado con la Francmasonería. Eran días en que el arzobispo José María Caro, desde hacía muchos años, prohibía el ingreso de perros y masones a la Iglesia, y fue el gobierno de un masón el que impulsó exitosas gestiones diplomáticas para que la iglesia chilena contara con su primer Cardenal, el mismísimo José María Caro. Por aquellos años la única hija del hermano Humberto, Helena Aurora, se casaba con un acérrimo católico, Enrique Vicente Vicente, una situación más por la que el hermano Humberto siempre compartía en la sobremesa familiar los valores que nutren la convivencia en tolerancia, puesto que sus hermanos de la masonería porteña le habían enviado una carta haciéndole notar la molestia que les había generado saber que la hija de un connotado masón se casara con un dirigente de la Acción Católica y de la Falange Nacional. Para nuestro hermano Humberto ser creyente era compatible con ser masón, y con más energía comenzó a hablar de tolerancia cuando impactado recibió las noticias de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia o “Ley Maldita”, promulgada por su amigo, jefe y hermano masón, el Presidente de la República, Gabriel González Videla.

Todo esto marcó fuertemente esta tendencia, aunque no sin sobresaltos, pues la dictación de dicha ley, a fines de los años '40, provocaría nuevamente, una fuerte divergencia de opiniones al interior de las Logias. Este duro golpe propinado al Partido Comunista en 1948 significó no sólo el ingreso de Chile a la Guerra Fría con la persecución a los militantes de este partido, sino que también, en medio del debate nacional, no fueron pocos los masones que condenaron la medida del Presidente González Videla como atentatoria contra las normas y

principios de la convivencia republicana. Diversas logias, incluso, iniciaron un análisis interno en torno al significado de esta Ley en el marco de los principios masónicos, cuidando de discernir si el proyecto de ley “era más antidemocrático que anticomunista”.⁷

Con la promulgación de esta ley el Gran Maestro Orestes Frödden Lorenzen envió una carta al presidente González Videla conminándolo a explicar las intenciones de este plan. Si bien el tono de la carta era amistoso y “fraterno”, no obstante, los cuestionamientos a la finalidad de la ley subían de intensidad.

Las explicaciones del presidente González Videla fueron finalmente aceptadas por el Gran Maestro y el Consejo de la Gran Logia. No obstante, quedaron heridas abiertas entre numerosos masones que, ligados aún a la izquierda, suponían que esto no era más que un plan de crear en la Orden un aparato de seguridad capaz de neutralizar la infiltración comunista.

Para entonces, Humberto Molina Luco, en calidad de Intendente de Valparaíso durante los seis años de gobierno de González Videla, intensificaba su labor filantrópica y su discurso en aras de la Tolerancia; tratando que estos acontecimientos no afectaran todo lo que se debía emprender desde la acción intra y extramural. Incluso, un hallazgo familiar esboza lo que fue la posición de Humberto Molina frente a la Ley que perseguía al partido comunista. Muchos años después de fallecido, sus nietos descubrieron un libro cerrado y con firmes ataduras en un rincón de su vieja biblioteca... en su interior había listas de militantes comunistas que debían ser eliminados; una lista enviada por el gobierno central, de la que el Intendente Molina Luco hizo caso omiso, ocultando celosamente dichas nóminas de personas que, tal vez hayan sobrevivido gracias a este “temerario desacato del Intendente”.⁸

A la vez, participó activamente en la regularización de terrenos y ayudas para los pobladores del cerro Los Placeres, de Valparaíso. Su labor destacada le valió el reconocimiento de la actual población María Eilers. Como Intendente, dedicó todo su tiempo al cargo, no fijó días ni horas para las audiencias, porque todos los días recibía a toda persona que le pedía conversar con él. Concedió durante los años que fue Intendente 27.913 audiencias, sin contar las concedidas a Juntas Vecinales, Sindicatos y otras corporaciones. Asimismo, se abocó a la tarea de instalar en Isla de Pascua un Hospital moderno que reemplazara al precario y viejo leprosario, incluso enviando profesionales de la salud que proporcionasen un servicio de calidad a los enfermos. Fue ahí cuando uno de sus amigos le recomendó a un joven dermatólogo argentino cuando ningún facultativo chileno respondía a su llamado. Este ciudadano argentino gustosamente se puso a las órdenes del hermano Humberto y comprometió su arribo a Valparaíso en días previos a la partida del barco a Isla de Pascua. Mas, un desperfecto en la motocicleta que lo traía desde Buenos Aires retrasó su llegada al puerto de Valparaíso cuando el barco ya había emprendido viaje a la isla. Este joven médico argentino era Ernesto Guevara de la Serna y en su diario deja registrada su memoria de lo muy cordial y agradable que había sido el Intendente Humberto Molina al recibirlo en el edificio de la Intendencia, incluso sin esbozar molestia alguna por la presentación personal que llevaba al momento de ingresar a su oficina, tras durísimos días de viaje junto a su amigo Alberto Granado.⁹

⁷ Oyarzún, Juan José, *Contribución de la Masonería a los valores superiores de la convivencia ciudadana*. Cámaras de Verano de la Gran Logia de Chile, enero de 2002. p.95.

⁸ Entrevista a Enrique Vicente Molina, nieto de Humberto Molina Luco, 04 de junio de 2018.

⁹ Ernesto Guevara De la Serna, *Notas de Viaje*, pág.67. Y datos recogidos de la entrevista con Enrique Vicente Molina.

Los años '50 y '60 la Masonería pierde influencias en el quehacer público, y el QH.·. Humberto sigue sumando reconocimientos.

En la década de los años '50 la oportunidad para los radicales se desvanece frente a los efectos de la Ley de Defensa de la Democracia, como también frente a la creciente popularidad de la Izquierda, cuyo proceso de reagrupamiento se fortalece tras derogarse esta ley en 1957.

Humberto Molina Luco, por su parte, comprendiendo que su querido Partido Radical iba por un rumbo distinto a las nuevas fuerzas políticas de fines de los años '50, continuó con su labor pública, social y masónica con la misma energía de siempre. Para 1952 recibía correspondencia y muestras de gratitud y felicitaciones de todos los generalísimos de campañas que reconocían su empeño como Intendente por asegurar en la región elecciones presidenciales justas, respetuosas y transparentes.

Frente al nuevo escenario político de los años '50 y '60 cuando el binomio radical-masón perdía militantes y un enorme peso político frente a la creciente fuerza del Socialismo y del Humanismo Cristiano, lo cierto es que la Orden también tuvo, durante estas décadas, un decreciente influjo en los más variados aspectos de la vida nacional. La Masonería cede influencias frente a su propia incapacidad de cautivar a una juventud y clase media profesional que estaban cada vez más contagiadas con el entusiasmo revolucionario de aquellos años, fuera este de carácter marxista o democratacristiano.

Este progresivo debilitamiento de la Masonería, ya sea en su liderazgo de opinión o simplemente en el protagonismo que muchos de sus miembros deseaban que mantuviera en diversas actividades sociales y políticas, se atenúa, no obstante, con las acciones de celebridades del mundo político, académico y cultural, que se mantenían vigentes en sus actividades logiales tales como Sótero del Río, Juan Gómez Millas, Manuel Rojas o el mismo Salvador Allende, por mencionar sólo algunos.

¿Y qué era para entonces de nuestro QH.·. Humberto frente la incapacidad de la masonería de salir de su enclaustramiento esotérico y simbólico que la mantuvo impertérrita frente a los sucesos en la década de las *Revoluciones*?



Leprosario inaugurado en Isla de Pascua en 1949

A inicios de la década de los años '60 autoridades ministeriales y de la Armada reconocían en forma encomiástica la labor de la Sociedad de Amigos de la Isla de Pascua que presidía el QH.·. Humberto; y en una nota de comienzos de 1962 el Jefe de esta Zona Naval, almirante Gándara Boffil, le hacía saber que al Leprosario de la Isla de Pascua se le había

cambiado su nombre por “Sanatorio Humberto Molina Luco”, en atención a la labor desplegada por el gran benefactor que ha tenido esta Isla.

Para la década de los años '60 nuestro QH.º. Humberto ya superaba los 80 años de edad, y seguía caminando desde su casa a los distintos centros sociales y culturales donde podía continuar con su labor filantrópica. A la luz de hallazgos en recientes investigaciones es posible sostener que una de las instituciones a las que el QH.º. Humberto dedicó más esfuerzo y cariño fue a la Cruz Roja; abnegada labor que permitió que esta importante entidad tuviera permanencia por varias décadas en nuestra Región de Valparaíso, y que en enero de 1968 a la edad de 87 años, y sin contar con las condiciones físicas que le permitieran al hermano Humberto salir de casa, la Cruz Roja condecoró a su principal benefactor en su propio domicilio, con la “Cruz de Oro” de la Cruz Roja Helénica por la meritoria labor cumplida a favor de esa Institución. En una sencilla ceremonia se le hizo entrega de la condecoración, señalándose que para los asistentes era un honor poder realizar este acto de justicia a un antiguo amigo como don Humberto Molina Luco, quien se había distinguido siempre en su labor de bien público especialmente como presidente del Comité Central de la Cruz Roja de Valparaíso y Director del Preventorio El Belloto hasta 1965.

Un año más tarde, tras este merecido reconocimiento, el QH.º. Humberto Molina Luco cerraba sus visionarios ojos para siempre, dejando un enorme legado de filantropía y espíritu de servicio por el bien de la Humanidad, y qué decir de su formidable trayectoria y entrega a la Francmasonería porteña y nacional.

Conclusión

Hasta hace muy poco, los hermanos de este Taller creíamos que Humberto Molina Luco necesariamente debía ser un hombre soltero y sin hijos, ya que la cantidad de actividades masónicas, públicas, sociales, deportivas y culturales a las que se dedicó harían imposible una normal convivencia familiar. Sin embargo, a la luz de la entrevista que realicé al nieto más cercano de nuestro Ilustre Hermano, Enrique Vicente Molina, podemos dar cuenta de lo contrario. El QH.º. Humberto también dedicó abnegada preocupación a su esposa y tres hijos. Sus nietos lo recuerdan con un cariño, gratitud, admiración y respeto venerado. Tienen memoria de su carácter fuerte, pero siempre con sentido afectuoso y formativo; de las conversaciones de sobremesa los fines de semana de donde recuerdan que el abuelo Humberto les inculcaba el valor de la consecuencia, la rectitud, pues lo que le ponía de mal humor eran las actitudes torcidas de las personas, “mecha corta los dobles estándar(es)”¹⁰; les hablaba de tolerancia como piedra angular de toda convivencia familiar y social.

Si pudiéramos sintetizar en una sola palabra lo contenido en este relato de historias paralelas, tendríamos que referirnos a la P. S. del grado de Aprendiz. ¿Qué tipo de Fuerza vemos encarnada en toda esta historia? Es la voluntad intrépida, la tenacidad, el agudo y profundo sentido de la responsabilidad, el compromiso social, la motivación intrínseca y la consecuencia con nuestros juramentos. Es, en suma, un manifiesto real y concreto de dedicarse de manera constante e ineludible a la obra del propio mejoramiento y a la redención de las sociedades, pese a los vaivenes de la Orden en su devenir histórico.

¹⁰ Ibid, Entrevista a Enrique Vicente Molina...

Hemos compartido hoy el significado de la P. S., en años en los que nada fácil era desplegar un vasto plan de obras gubernamentales por la consolidación de un Estado Laico, de un Estado de Bienestar y de una consolidación democrática y desarrollo industrial del país... Y para qué decir de la acción filantrópica en una sociedad en que los índices de pobreza, analfabetismo y vulnerabilidad social eran muy superiores a los que poseemos hoy. En la actualidad, si bien se vive de otro modo, muchos de nosotros planteamos que los tiempos son complejos y tan llenos de compromisos. Ciertamente hoy tenemos una vida en la que nuestras familias son más demandantes del papá y del marido; y nuestras ocupaciones laborales en la mayoría de los casos superan por lejos las 40 horas semanales. Sin embargo, tenemos algo en común con los Hermanos de hace 100 años, con nuestro Ilustre y QH.º. Humberto, incluso con aquellos hermanos que hace 300 años dieron inicio a esta gran obra, tenemos el desafío a nuestras inteligencias y voluntades para dejar este mundo mejor de lo que lo encontramos. Cultivar nuestros espíritus y encarnar la consigna educativa del liceo donde se educó nuestro Hermano Humberto... Hoy mejor que ayer, mañana mejor que hoy, y honrando el legado de Humberto Molina Luco. ¿Cómo? Transformándonos nosotros mismos y nuestro entorno más inmediato.

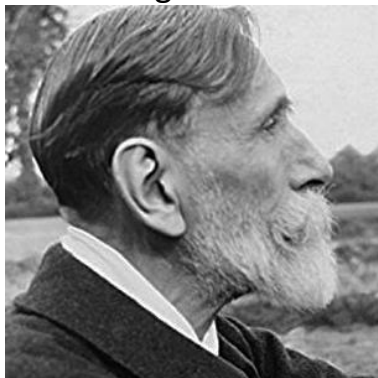


Teresa Boye y Humberto Molina, en 1956, con cincuenta años de matrimonio

Bibliografía

- Araneda Caviedes, Eduardo. *Humberto Molina Luco, el hombre y el masón. Un ejemplo a seguir*. Plancha presentada en Tenida de 2do Grado en la RL.: “Hto. Molina Luco” N°161, el 14 de abril de 2015. Valle de Valparaíso.
- Jans Pérez, Sebastián, *La Masonería y el Cambio Social, en 140 años de historia chilena*. www.oocities.org/masonchile/masonycamb.htm, **Noviembre de 2001**, p.8. Consultado en marzo de 2012.
- Jans Pérez, Sebastián. *Los grandes desafíos enfrentados por la Masonería chilena en los últimos cincuenta años*. Cámaras de Verano, en torno al 150° Aniversario de la fundación de la Gran Logia de Chile, Santiago, enero de 2012.
- Oyarzún, Juan José. *Contribución de la Masonería a los valores superiores de la convivencia ciudadana*. Cámaras de Verano de la Gran Logia de Chile, enero de 2002.
- Pinto Lagarrigue, Fernando. *La Masonería y su Influencia en Chile*. Ediciones de la Gran Logia de Chile, 2005. Publicación original en Santiago, 1965.
- Sarego Velásquez, Erik. *Historia política y social de la Masonería en Chile y la crisis interna en los años de dictadura militar*. Tesis de Posgrado. Universidad de Valparaíso, 2013.
- Vidal, Hernán. *La Gran Logia de Chile*. Mosquito Comunicaciones, Santiago, 2006.
- Wortsman Berman, Isaías. *El proceso de consolidación de la Gran Logia de Chile, años 1906 – 1962*. Presentación en Cámara de Verano 2012, Gran Logia de Chile, Santiago, 11 de Enero de 2012.

La incorporación de Oswald Wirth a los planes docentes de la Gran Logia de Chile¹¹



Introducción

Por la época en que se incorpora la obra de Oswald Wirth a los planes docentes de la Gran Logia de Chile, nuestro país vivía bajo el gobierno del masón Carlos Ibáñez del Campo, como consecuencia del golpe de estado de 1924 y las elecciones presidenciales de 1927. Tanto el régimen como la ciudadanía mantenían un discurso de desprecio hacia los partidos políticos y la corrupción a la que estaban asociados. Lo mismo ocurría en la Masonería, dirigida por el Gran Maestro Héctor Boccardo, que aspiraba a erradicar la política de las Logias y a concentrar a los masones en los estudios que impulsaba la Orden. En este marco se incorporan los libros de Oswald Wirth a sus planes docentes, en 1929.

Desarrollo

Con el comienzo del régimen parlamentarista y la promulgación de la ley de la comuna autónoma, en Chile se puso fin al tradicional intervencionismo electoral, que permitía que el gobierno de turno impusiese el triunfo de sus candidatos en las elecciones. Sin embargo, este mal fue reemplazado por otros, pues apareció el cohecho y la falsificación de los resultados obtenidos en las urnas. A ello se sumó el gran poderío que adquirieron los dirigentes políticos, que pudieron derribar gabinetes ministeriales por su solo capricho.

Los partidos políticos carecían de programa y de doctrina y solo se interesaban en obtener puestos de trabajo y posiciones de poder para sus dirigentes y principales militantes.

Para hacer frente a este estado de cosas, el hermano Luis Alberto Navarrete y López, Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, llamó a todos los masones, desde las páginas de la revista La Verdad, a participar activamente en los partidos políticos al aproximarse las elecciones de 1918. Pidió a los hermanos que se preocupasen especialmente de imprimirle a los partidos alma doctrinaria, saneándolos así “de miras estrechas, de máculas egoístas y del personalismo menguado”.

Las elecciones dieron el triunfo a la llamada Alianza Liberal y el Congreso adquirió un perfil en el que predominó la clase media. Se había quebrantado la influencia del partido conservador.

Sin embargo, una grave crisis económica afectaba al país, provocando movilizaciones de las organizaciones obreras y las consecuentes medidas represivas gubernamentales.

¹¹ Leído el 3 de noviembre de 2016 en la RL de Investigación y Estudios Masónicos Pentalfa N°119.

La desilusión de quienes cifraban sus esperanzas en el nuevo perfil que había adquirido el Gobierno se hizo evidente en 1919.

Algunos sectores del Ejército optaron por organizar un movimiento armado, con el aparente fin de apoyar al Gobierno, pero también, según declararían sus líderes, para “Solicitar de los poderes públicos el despacho de las leyes que reclaman la clase proletaria, a fin de hacer cesar las angustias en que vive y que afectan, además, a las tropas de dotación permanente del Ejército, a la cual hay conveniencia de sustraerla de las agitaciones populares”.

Esta agitación popular y la necesidad imperiosa de avanzar en justicia social permitieron que en 1920 fuese elegido Presidente de Chile Arturo Alessandri Palma, el primer masón en alcanzar este alto cargo desde los albores de la república.

Su triunfo alegró a civiles y a militares progresistas, pero concitó el rechazo de los elementos conservadores, que de inmediato iniciaron una campaña que entrabara los avances que el presidente se proponía realizar. Aprovecharon para esto el descontento que producía la crisis económica, como consecuencia de la baja rentabilidad de la industria salitrera.

Muchos masones se incorporaron a la administración pública, llevados por los partidos que apoyaban al nuevo Presidente.

En el seno de las Logias, la preocupación la concitaba la cuestión social y la política, sin que hubiese interés por la docencia.

Este desinterés lo puso de manifiesto el Gran Maestro Luis Alberto Navarrete y López en el mensaje que presentó ante la Asamblea de la Gran Logia el 4 de junio de 1922, cuando dijo:

“En cuanto al desmayo con que marchan los aumentos de salario, no nace tanto de que se desee, según se alega, madurar la instrucción de los hermanos en el primero y en el segundo grado, como de la deficiencia de esa instrucción que debe ser proporcionada por los Vigilantes y del corto empeño que se pone en fomentar el amor a la Orden con la aplicación adecuada de las aptitudes de cada hermano a un trabajo útil dentro o fuera de la Logia”.

Pero, peor aún, el mayor mal que amenazaba a la Masonería, dijo el Gran Maestro Navarrete, eran las disputas políticas que afectaban severamente la fraternidad:

“En estos últimos tiempos, se ha desarrollado una serie de acontecimientos que en gran parte han escandalizado al mundo profano y han sido manjar delicioso para nuestros enemigos. A impulsos de intereses profesionales, por ambiciones políticas, por ansias de puestos administrativos, se ha esgrimido puñal fratricida con ensañamiento. ¡Que doctrinas masónicas, qué ideales de Alianza Liberal, qué altos intereses de la Patria Chilena, ni qué nada grande, noble y supremo! ¡Yo, primero; en seguida, yo, y siempre, yo! Parece haber sido el código de algunos hermanos, especialmente en el campo de la política. La desmoralización y el desaliento que han caído sobre nuestras filas con este motivo, abarcan proporciones enormes y seguramente tendrán lamentables consecuencias para los intereses del liberalismo.

“[...] nadie más consternado y aplastado que yo mismo ante la pública bancarrota masónica que por más de un año hemos presenciado, porque nos han faltado la fraternidad y la cordialidad que deben unirnos estrechamente, ennoblecernos y engrandecernos a todos los francmasones”.



Alfredo Melossi

El 28 de agosto de 1922, pasó a ocupar el puesto de Gran Maestro el hermano Alfredo Melossi, tras la renuncia presentada por el hermano Navarrete y López.

El Gran Maestro Melossi entregó su mensaje a la Asamblea de la Gran Logia, reunida el 20 de mayo de 1923.

Explicó la renuncia del Gran Maestro Navarrete, tan comprometido en cuerpo y alma con el trabajo masónico, expresando que había terminado por desilusionarse:

“[...] los renuncios que a nuestra humana condición son inherentes; las defecciones y las cobardías; la abulia de las voluntades y hasta el delito que a veces asoma a nuestros Templos, van minando la voluntad de aquellos hombres, van debilitando los resortes de su esfuerzo y generando en sus espíritus un sentimiento de protesta, hasta que un incidente cualquiera lo hace irrumpir formidable, precipitando la violenta crisis de la acción, extinguiendo todo entusiasmo”.

Alfredo Melossi se mantuvo al frente de la Gran Logia de Chile hasta el 8 de junio de 1924, sin poder lograr su objetivo de despolitizar la Orden y sin que fuese reelegido para un nuevo mandato.

El 8 de junio de 1924, el Gran Maestro Melossi se dirigió por última vez a la Asamblea de la Gran Logia y en sus palabras reforzó la idea que había pretendido que prevaleciera en las Logias: La necesidad de mantener la política alejada de los Templos. En efecto, señaló:

“[...] por respetable y querida la persona del Q.: H.: Alessandri; por halagado que se creyera con la presencia de tantos masones en el Gobierno, el Gran Maestro insistió en declarar incompatible los permanentes principios de la Masonería con los intereses transitorios de la política.

“El empuje irresistible de nuestras ideas lleva el prestigio de su imparcialidad y altruismo; aliada al poder político, la Masonería se convierte en cohorte de usufructuarios del Gobierno”.

Agregó más adelante que, durante el año, dos habían sido los graves problemas que habían afectado la marcha normal de la Orden. Uno, la epidemia de gripe, que alejó a muchos por tres o cuatro meses de sus Logias. El otro, “la fiebre política, que perturbó en parte la armonía dentro de los Talleres, y distrajo en general hacia estas actividades a gran número de sus miembros”.

Como nuevo Gran Maestro asumió Adeodato García Valenzuela, quien permaneció en el puesto hasta el 8 de noviembre de 1924.

Como recordaría uno de sus hijos, en Tenida de la Logia Unión Fraternal N°1, en 1940, el Gran Maestro Adeodato García renunció a su cargo al verse incapaz de mantener a las Logias alejadas de la lucha política:

“Mantuvo la integridad de su filosofía iniciática, combatió tenazmente la intervención de la política militante en la diáfana transparencia de nuestra paz interna y las veces que vio irrumpir la pasión profana al seno de nuestra sobria y ecuánime acción, la combatió lealmente hasta donde sus fuerzas se lo permitieran”.¹²

En la vida profana, entre tanto, la oposición había hecho cuanto había podido para impedir que el programa de gobierno de Alessandri pudiese desarrollarse. A tres años de asumir su puesto, el presidente protestaba por estas trabas y buscaba apoyo en la oficialidad joven del Ejército.

En el mes de marzo de 1924, las elecciones parlamentarias dieron un amplio respaldo a los candidatos de la Alianza Liberal. Sin embargo, el proceso se vio empañado por el intervencionismo gubernamental a través del uso de la fuerza pública y el descarado cohecho ejercido por todos los sectores.

La Masonería se hallaba muy dividida entre los partidarios y los detractores de Alessandri. El parlamentario y masón Fidel Muñoz Rodríguez, futuro Gran Maestro, acusaba al Gobierno de incapacidad para administrar el país y para terminar con la corrupción en la administración pública.

La Logia Verdad N°10, por su parte, en abril de 1924, acordaba pedirle al Gran Maestro que toda la Masonería saliese en defensa del hermano Alessandri, a quien consideraba atacado injustamente por las fuerzas conservadores.

La crisis política de 1924 experimentó su punto culminante cuando el Congreso negó su apoyo a proyectos de ley que eran urgentes y votó en favor de un aumento de la dieta parlamentaria.

Al descontento popular se sumó el que experimentaba la joven oficialidad militar y devino el llamado “ruido de sables”.

Según testimonios de sus contemporáneos, habría sido el propio Alessandri quien habría alentado a los protagonistas de la revolución de septiembre de 1924 para dar un golpe de estado. Según se dijo, era esta la única forma de terminar con el obstruccionismo que le hacía la oposición y llevar a la práctica su programa de gobierno.

El masón Héctor Arancibia Lazo entregaba su testimonio sobre esto y aclaraba que los verdaderos artífices de la revolución habían sido el capitán Óscar Fenner Marín y el capitán Alejandro Lazo Guevara, ambos masones.

Señalaba Arancibia Lazo:

“En el fondo esa revolución del año veinticuatro era merecida. Alessandri sentía como Presidente la urgencia de cambios rápidos, de reformas inmediatas. Pero la Unión Nacional lo obstaculizaba todo en el Senado. Los famosos viejos del Senado. Alessandri vio el movimiento militar como una posibilidad para apresurar la realización de su programa presidencial. Los que fueron las verdaderas cabezas del movimiento, Oscar Fenner y Alejandro Lazo eran jóvenes militares idealistas y bien inspirados, que tuvieron que luchar contra sus propios jefes que ya habían sido tomados por la oligarquía. La Unión Nacional estimuló a los militares de arriba,

¹² “El Ilt. h. García Valenzuela. Recuerdo. Ecos de una solemne Tenida de la Resp. Log. ‘Unión Fraternal’ N°1. Revista Masónica de Chile, Año XVII, N°5, 1940, p. 118.

porque en el fondo buscaban echar a Alessandri para evitar las reformas y los usaron de palanca con el pretexto de intervención electoral en las elecciones recién efectuadas”.¹³

La revolución de septiembre de 1924 fue tomada como propia por la reacción conservadora, que se hizo del Gobierno a través de la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas, reunidas en la Junta de Gobierno.

Alessandri había abandonado el país.

A pesar de los esfuerzos desplegados por quienes dirigían Chile, el descontento de los militares jóvenes, que se sentían traicionados, provocó un nuevo golpe de estado en enero de 1925.

Con este movimiento buscaban volver al ideario que los había inspirado en septiembre de 1924, que no era otro que el de la justicia social.

Gracias a este nuevo golpe de fuerza, Arturo Alessandri Palma volvió a Chile y reasumió la presidencia.

La Masonería por su parte eligió como Gran Maestro al hermano Héctor Boccardo, quien inició medidas de sanación interna, depurando las filas de los malos elementos que se habían incorporado a las Logias buscando influencias y privilegios.



Héctor Boccardo

En su Mensaje del 23 de mayo de 1926, informó que, preocupado de la instrucción de los hermanos, había dictado un decreto por el cual buscaba que cada Logia formase una biblioteca, mediante compras de libros que se harían desde la Gran Logia. Destacó el Gran Maestro que esto permitiría dotar a todas las Logias de libros iguales. “De tal modo que un hermano podrá continuar su educación masónica con regularidad en cualquiera parte a que se traslade”.

Al igual que habían hecho sus antecesores, el Gran Maestro Boccardo destacó la mala formación que tenían los hermanos:

“La práctica y estudio de los Rituales es escasa. Son contados los Talleres en que se estudian los Rituales, a pesar que no podremos pretender el título de francmasones si no estudiamos y practicamos nuestros métodos y nuestros símbolos”.

Finalizó su Mensaje, diciendo:

¹³ Wilfredo Mayorga. La historia que falta. Crónica política del siglo XX. Tomo I. (Santiago), Editorial Ercilla, (1989), p. 29.

“He preocupado vuestra atención con el detalle de los trabajos realizados por los diversos Talleres de la Obediencia, porque deseaba dejar constancia de que el entusiasmo no decae entre nuestros hermanos, a pesar de los profundos trastornos que ha sufrido la República.

“Sin embargo, esa labor no es satisfactoria. Ella puede y debe ser aún más eficiente. Pero, para conseguirlo, es preciso corregir las causas fundamentales que la esterilizan.

“El éxito de la Masonería descansa en el valor intelectual y moral de los miembros que la componen. Solo una preparación cuidadosa de la inteligencia y una disciplina constante de los sentimientos puede darnos el rendimiento que tenemos derecho a esperar. Lo primero servirá para proporcionarnos las luces necesarias a fin de abarcar los problemas en estudio, y lo segundo, nos permitirá sentirnos hermanos de corazón y no olvidarlo nunca, cualquiera que sea el campo y el momento en que nos toque actuar”.

Desde 1924 había comenzado a destacar la figura del hermano masón Carlos Ibáñez del Campo, quien, a partir del 7 de abril de 1927, gobernó Chile desde su puesto de Vicepresidente de la República, aplicando mano férrea y sin contemplaciones, obsesionado por mantener el orden y sacar adelante el programa de gobierno que creía mejor para el país.

El Gran Maestro, que era partidario de la gestión que iniciaba el hermano Ibáñez, obtuvo que el Consejo del Gran Maestro, en sesión del 1° de mayo de 1927, acordase prohibir que en las Logias se trataran temas políticos.¹⁴

Tras las elecciones celebradas en mayo de 1927, Carlos Ibáñez obtuvo la presidencia de Chile.

El 5 de junio de 1927, el Gran Maestro Héctor Boccardo se presentó nuevamente ante la Asamblea de la Gran Logia de Chile. En su Mensaje, señaló que había prohibido toda discusión política al interior de los Templos masónicos, aunque los hermanos podrían ejercer su rol como ciudadanos en la sociedad. Por su parte, el Gran Maestro, según declaraba, estaba abocado a trabajar por la reconstitución de la Orden.

En materia de docencia, recordó el Gran Maestro Boccardo que, en septiembre de 1926, había convocado a una Asamblea Extraordinaria de la Gran Logia de Chile, en la que se habían estudiado los siguientes temas:

“a) Estudio filosófico de las finalidades de la Orden y normas a que deben ceñirse sus trabajos;

“b) Estudio del simbolismo masónico y reglamentación de lo que debe hacerse en cada grado;

“c) Estudio sobre la fraternidad y los medios de hacerla efectiva;

“d) Estudio sobre la acción altruista que puede desarrollar la Masonería en el mundo profano”.

Mediante la creación de los Tribunales de Honor de las Logias, el Gran Maestro obtuvo la depuración de nuestras filas, alejando de los Talleres a los malos elementos. Según dijo el Gran Maestro, un 20% de los hermanos había debido retirarse. Hablamos, entonces, de más de 400 hermanos que fueron expulsados de las Logias:

“Los Tribunales de Honor de las Logias han respondido en gran parte al concepto que se tuvo al crearlos. Su intervención directa e indirecta, ha producido en todos nuestros

¹⁴ Carta del Gran Maestro Boccardo al Venerable Maestro de la Logia Morro de Arica N°29, de fecha 16 enero 1928. Archivo Gran Logia de Chile. Correspondencia Grandes Maestros, 1929-1930 (19), f. 393.

organismos, un saneamiento que no podía demorar más. Su acción ha producido en los últimos tiempos un porcentaje de bajas relativamente numeroso, cercano al 20% de los miembros de la Orden.

“Los pocos elementos cuya conducta masónica o profana no es aceptable, que quedan en nuestras filas, deberán salir pronto de ellas, mediante la reglamentación de las medidas acordadas en la Asamblea Extraordinaria de Septiembre último”.

Ese 5 de junio de 1927, Héctor Boccardo fue reelegido para dirigir la Gran Logia de Chile por un nuevo período.

En carta que el ex Gran Maestro Víctor Guillermo Ewing le dirige al Gran Maestro Boccardo, desde Valparaíso, el 28 de junio de 1927, le dice:¹⁵

“[...] la gente cree que ahora estamos asomando la nariz, porque todo el Gobierno actual está formado por miembros de nuestra institución”.

El 27 de mayo de 1928, el hermano Héctor Boccardo presentó un nuevo Mensaje ante la Asamblea de la Gran Logia de Chile, en el que dejó claro que había querido erradicar por completo la intromisión de la política en el seno de las Logias.¹⁶

“Las normas fundamentales que nos trazamos al asumir por primera vez este alto cargo, no han variado y, por el contrario, se ha acentuado en nuestro ánimo la convicción de que nuestros Templos deben ser un refugio de paz y de serenidad, donde todos los hermanos estén dedicados con entusiasmo al estudio de nuestros principios y de nuestras doctrinas y a la práctica de todas las virtudes”.

Para el hermano Boccardo, lo más importante era el trabajo interno, para formar hombres de intachable conducta y acrisolados en los principios éticos de la Masonería.

En un borrador de carta que el Gran Secretario de la Gran Logia de Chile le dirigió al Venerable Maestro de la Logia Abtao, de Coquimbo, con fecha 7 de noviembre de 1928, se lee lo siguiente:

“[...] Debo agregaros que el entusiasmo por los estudios masónicos, el anhelo de compenetrarse de nuestro simbolismo y la práctica cada vez más perfecta de nuestras ceremonias, animan a todas las Logias y a todos los hermanos, convencidos de que hay allí fuente inagotable de profunda sabiduría y de nobles enseñanzas, sin las que no podemos ser masones de verdad ni comprender cuál es la verdadera misión que nos hemos impuesto al ser iniciados.

“Han desaparecido de nuestros templos las preocupaciones políticas y con ellas las rencillas, las divisiones, las inquietudes y fracasos que eran su irreparable cortejo. ¡Quiera el Grande Arquitecto del Universo que su desaparición sea definitiva”.¹⁷

Sin embargo, hay que decirlo, esta acertada apoliticidad que asumía la Masonería, por órdenes de su Gran Maestro, implicó que muchísimos masones perseguidos se sintieran desamparados por la institución.

No obstante esto, muchísimos eran los masones que ocupaban cargos de alta responsabilidad en el Gobierno del hermano Carlos Ibáñez y el propio Gran Maestro Boccardo simpatizaba con el régimen y lo defendía.

Esto no significaba que callara frente a los ataques del conservadurismo.

¹⁵ Archivo Gran Logia de Chile. Correspondencia Grandes Maestros, 1927, ff. 196-197.

¹⁶ Mensaje leído por el Gran Maestro de la Orden Hermano Héctor Boccardo en la Asamblea Ordinaria de la Gran Logia de Chile de 27 de Mayo de 1928, p. 3.

¹⁷ Correspondencia Grandes Maestros, 1928. Archivo de la Gran Logia de Chile.

Ante nuevos avances clericales, el Gran Maestro Boccardo señaló en su Mensaje del 19 de mayo de 1929 :¹⁸

“Hay que luchar, pero no en el campo de la polémica violenta de otrora. Debemos conseguir que nuestros ideales refuljan por el país y por el mundo entero y que la excelsitud de nuestra doctrina y la pureza de nuestras prácticas sean alimento para tanto espíritu que levanta los ojos al cielo en busca de una esperanza y que por siglos no ha hallado más consuelo que la engañadora caricia del dogma”.

Mientras tanto, el Gran Maestro Boccardo, en su afán de concentrar a los hermanos en el estudio de la Masonería y alejarlos de las luchas políticas, había decidido, en 1928, que la Gran Logia adoptase como texto común de formación masónica la obra de Oswald Wirth.

En efecto, en su Mensaje de 1928, el Gran Maestro había dicho:

“El Departamento del Rito y del Simbolismo tiene en preparación diversos trabajos que nos permitirán mejorar mucho el desarrollo de nuestro ceremonial y la práctica de la instrucción masónica. Tiene también en sus manos la formación de las bibliotecas de los Talleres que, ya dijimos, es una de nuestras preocupaciones preferentes.

“Esta labor de estudio y de difusión va a ser considerablemente reforzada con la edición castellana de los Manuales del Aprendiz, del Compañero y del Maestro, cuya exclusividad para la América Latina hemos adquirido del hermano Oswald Wirth”.

No era primera vez que se refería a Wirth. En el Mensaje que había pronunciado el 23 de mayo de 1926, ante la Asamblea de la Gran Logia de Chile, el Gran Maestro Boccardo había destacado especialmente que el Orador de la R. Logia Ariel N°62 había hecho la traducción del Libro del Aprendiz escrito por aquel.

Oswald Wirth acababa de publicar, en 1927, su obra “El ideal iniciático”, una recopilación de artículos suyos que habían visto la luz desde 1922 en la revista “Le Symbolisme”.

En esta obra, Wirth se manifiesta claramente contrario al materialismo y define a la Masonería como una confraternidad que quería ser universal, abierta a todos los hombres “de reconocida moralidad, sin distinción de religión, de opiniones políticas, de nacionalidad, de raza ni de posición social”. Agregaba que esta asociación “tenía por finalidad lograr que sus adheridos se quisieran a pesar de todo cuanto podía diferenciarlos. Su deber era estimularse mutuamente y esforzarse en comprenderse, aunque los distanciara su manera de pensar o de expresarse”.

La Revista Masónica de Chile, en su número correspondiente a mayo de 1928, destacaba parte del Mensaje del Gran Maestro, diciendo:

“Hace notar el jefe de la Orden la importancia que para la instrucción masónica tiene la adquisición hecha por la Gran Logia de los derechos de traducción y publicación de los Manuales del hermano francés Oswald Wirth, cuyo primer grado está próximo a editarse en castellano para el uso de los hermanos de la obediencia y de los otros países de habla castellana”.¹⁹

En los primeros meses de abril de 1929, comenzó a circular la primera edición en castellano del Libro del Aprendiz.

¹⁸ Mensaje leído por el Gran Maestro de la Orden Hermano Héctor Boccardo en la Asamblea Ordinaria de la Gran Logia de Chile el 19 de Mayo de 1929, p. 14.

¹⁹ Revista Masónica de Chile, Año V, N°48, mayo 1928, p. 194.

La Revista Masónica de Chile, en su número correspondiente al mes de abril de 1929 había saludado así la impresión de esta obra:

“En cumplimiento de su cometido, el Departamento acaba de publicar la versión castellana de ‘El Libro del Aprendiz’, manual de instrucción de primer grado debido a la pluma del ilustre hermano Oswald Wirth, miembro prominente de la Gran Logia de Francia y del Supremo Consejo del Grado 33 para esa República.

“La Gran Logia de Chile contrató con el hermano Wirth la exclusividad de la edición en castellano para todos los países de la América española y dos hermanos de la Obediencia tradujeron la obra.

“Oswald Wirth y estos hermanos merecen la más sincera gratitud de los masones chilenos, porque la fraternidad de uno y el desinterés y noble esfuerzo de los otros, contribuirá eficazmente al mejoramiento de la preparación masónica de los miembros de los diversos Talleres.

“El masón que lea atentamente ‘El Libro del Aprendiz’ encontrará en él la fuente de numerosas y serias meditaciones y temas para estudios más completos. Y además de eso, su visión de los fines y principios de la Francmasonería se habrán ampliado en forma no soñada por muchos.

“El autor consigue este resultado sin apartarse en ningún momento de los métodos de la Orden, sin dogmatizar y sin creerse poseedor de la verdad absoluta. Piensa y hace pensar profundamente.

“En razón de estas consideraciones es que recomendamos con vivo encarecimiento la lectura y la meditación del ‘Libro del Aprendiz’, seguros de que las logias y los hermanos han de sentirse más masones, más convencidos de nuestros ideales después que hayan recorrido sus páginas.

“La publicación de este manual de instrucción, a la que muy luego ha de seguir la aparición de un nuevo catecismo de primer grado y la de manuales de segundo y tercer grados, marca una nueva etapa en la época de progreso de la Masonería chilena y confiamos en que los hermanos sabrán aprovechar y hacer fructífero este esfuerzo”.

Es de justicia consignar que en una nota puesta en la página 6 de esta primera edición del Libro del Aprendiz, la Gran Logia de Chile agradeció la cooperación prestada para esta traducción a los hermanos E. G. M., de la R. Logia Ariel N°62, de Los Andes, y P. L. E., de la R. Logia La Montaña N°50, de Santiago, “que han hecho gran parte del trabajo revisado por el Departamento del Rito y Simbolismo de la Gran Secretaría General de la la Gran Logia de Chile”.

Las iniciales E. G. M. corresponden al hermano Eduardo González Méndez²⁰, militar, iniciado en la Logia Aurora de Italia N°24, de Santiago, en noviembre de 1911, quien, como se ha señalado, en 1926 estaba afiliado a Ariel N°62, de Los Andes, ocupando el puesto de Orador del Taller. En ese año, tal como destacó el Gran Maestro en su Mensaje a la Gran Logia, el V. H. González había traducido por propia iniciativa el Libro del Aprendiz.

Las iniciales P. L. E. corresponden al hermano Pedro Letelier Elgart, agricultor, iniciado en la Logia La Montaña N°50, el 11 de julio de 1919.²¹

²⁰ Nació en Talca, el 27 de diciembre de 1887.

²¹ Nació en Santiago, el 2 de febrero de 1889.

El Gran Maestro Héctor Boccardo, en el Mensaje que pronunció ante la Asamblea de la Gran Logia de Chile, el 19 de mayo de 1929, se refirió a la publicación que se acababa de hacer:

“La instrucción masónica ha sido nuestra preferente aspiración y con tal objeto hemos hecho publicar ‘El Libro del Aprendiz’, Manual de Instrucción de Primer Grado, que ya hemos repartido a todas las Logias y que se encuentra a disposición de los hermanos.

“Antes de un mes habrán aparecido Manuales de instrucción análogos para el Segundo y Tercer Grados. Asimismo, de un momento a otro ha de ponerse en circulación un nuevo Catecismo del Aprendiz, que es más extenso y completo que el anterior, ya agotado.

“El Departamento de Rito y Simbolismo de la Gran Secretaría, ha realizado y está realizando un intenso esfuerzo para dar cima a esta tarea y os pedimos con todo el calor de nuestra convicción que prestéis viva atención a esos Manuales y a este Catecismo, ciertos de que encontraréis en ellos muchos temas de estudio y de reflexión, provechosos al progreso de la Franc-Masonería”.

En el número correspondiente a septiembre-noviembre de 1929, la Revista Masónica de Chile publicaba un aviso recomendando:

“Q. H. 2° Vig.: ¿Todos lo h.: h.: de su Tall.: han leído el ‘Manual de Aprendiz’? Debe ser la base de su preparación mas.: \$7,50 ejemplar. Pedidos a Gr.: Tes.: Casilla 2867, Santiago de Chile”.

En el mismo número de la revista se publicaban otros dos avisos. Uno para los Compañeros y otro dirigido al Venerable Maestro:

“Q.: H.: Comp.: ¿Acaba Ud. de obtener aumento de salario? ¿Tiene Ud. en su biblioteca el Manual del Compañero?”

“Ven.: M.: ‘El Manual del Maestro’ obra admirable del q.: h.: Wirth traducida, adaptada y editada especialmente para Chile con autorización de su ilustre autor por la Gr.: L□ no debe faltar ni en la biblioteca de su taller ni en la de ningún h.: M.:”

Al dejar el cargo, el Gran Maestro Boccardo recordó en su Mensaje del 8 de junio de 1930 que había recibido el puesto el 5 de diciembre de 1924, “en horas de confusión para la República y de angustia para el librepensamiento chileno”.

Agregó luego:

“El caos exterior amenazaba seriamente introducirse en nuestros Templos y con él, la discordia, el abatimiento, quizás la disolución de la Orden.

“Dijimos en aquella ocasión, en que tan graves responsabilidades iban a pesar sobre nuestros hombros, que era necesario obtener a toda costa que nuestros Templos permanecieran sordos y ciegos a las pasiones políticas del mundo profano y que debían convertirse en refugio de paz y de serenidad, donde, templadas nuestras voluntades y elevados nuestros corazones con las enseñanzas e ideales de la Francmasonería, se fundieran, cual en un crisol imponderable, las idealidades que habían de devolver en el futuro la paz a la República”.²²

En junio de 1930, el Gran Maestro Héctor Boccardo dejaba su cargo.

Había concluido una fructífera labor alentando a los Tribunales de Honor para que depuraran nuestras filas, afectadas severamente por la intrusión de la política partidaria; convocando a una Asamblea Extraordinaria, que diera voz a todas las Logias respecto a las

²² Mensaje leído por el Serenísimo Gran Maestro de la Orden Hermano Héctor Boccardo en la Asamblea Ordinaria de la Gran Logia de Chile de 8 de Junio de 1930, p. 12.

finalidades de la Masonería, a su simbolismo y a la acción extramural; dándole una buena estructura administrativa a la Gran Logia de Chile, creando el Fondo de Beneficencia y modificando la Constitución Masónica. Sin embargo, debe reconocérsele como el mérito mayor, el haber introducido en la obediencia la obra de Oswald Wirth, lo que permitió que todos los hermanos bebiesen de una misma fuente inspiradora para avanzar en su proceso iniciático.

CONCLUSIONES

Así como en 1876 los masones se habían dividido irreconciliablemente, producto de las elecciones presidenciales, y en 1891 como consecuencia de la guerra civil, hacia 1920 la división se había producido entre quienes apoyaban al gobierno del hermano Arturo Alessandri Palma y quienes eran sus adversarios.

La política partidista y las pasiones de sus círculos entorpecían la labor de la Masonería, pues sus miembros llevaban hasta los templos el bullicio de las luchas profanas.

Las tendencias liberales, junto a las que se hallaba el radicalismo, concitaban el interés de los hermanos. Por esto, las luchas que separaban a los políticos eran traídas a los Templos y destacados hermanos, conocidos por la opinión pública como masones, se enfrentaban con la mayor rudeza a través de la prensa y en el Parlamento.

No obtuvo buen resultado el llamado del Gran Maestro Luis Alberto Navarrete y López para que todos los masones militaran en partidos políticos, para aportarles compromiso doctrinario y honestidad, y llevar, así, gente de valer y de buenas intenciones a la administración del Estado. Por el contrario, una vez que el hermano Arturo Alessandri asumió como Presidente de Chile, se multiplicaron los funcionarios que deseaban incorporarse a la Masonería. Muchísimos de ellos enlodaron el nombre de la Orden y debieron ser sacados, aunque tardíamente, de nuestras filas por medio de los tribunales de honor, aunque no sin antes haber desprestigiado a la Masonería con sus actos de corrupción.

Después de 1924, cuando los militares adquirieron el protagonismo, volvió a dividirse la Orden, esta vez entre quienes repudiaban a los políticos y sus malas prácticas, y quienes aspiraban a construir una patria nueva.

Nuevamente la Masonería se vio enturbiada por discusiones y luchas, impropias de una fraternidad como la nuestra.

Comenzaba ahora la disputa entre ibañistas y alessandristas y quedaba por venir el desfile de juntas de gobierno, incluyendo la que presidió el Gran Maestro Eugenio Matte Hurtado.

A todo lo que había ocurrido y lo que estaba por venir quiso hacer frente el Gran Maestro Boccardo, prohibiendo toda discusión política y distribuyendo la obra de Oswald Wirth, para que nuestra obediencia se concentrara en los estudios masónicos.

Su planteamiento era que al interior de los Templos se hacía Masonería, como única manera de formar buenos ciudadanos; allá cada hermano si quería hacer su contribución a la sociedad militando en los partidos. Pero las cosas no debían mezclarse.

Por ese entonces, al interior de la Orden ya había una corriente que buscaba crecimiento espiritual: Unos hermanos derivaban hacia la Teosofía y otros pedían la tantas veces postergada apertura de los trabajos de la Masonería Filosófica.

A partir de 1929 comenzó a generarse un cambio.

El trabajo del Gran Maestro Boccardo se fue viendo a la larga y no en forma inmediata, pues, cuando él terminó su período, la sociedad profana estaba inmersa en una lucha cada vez más cruenta en lo político.

Transcurridos más de ochenta años de su publicación en nuestro país, la obra de Oswald Wirth sigue siendo inspiradora para los masones chilenos.



Documento.- *Entrevista a Víctor Guillermo Ewing Acuña. (Zig Zag, N°601, Santiago, 26 de agosto de 1916)*



Un problema interesante: La Masonería en Chile

Un cuarto de hora ante el ex - Gran Maestro de la Francmasonería.

En el fondo de un parque de viejos árboles y en la Avenida Matucana, se alza un oscuro y noble castillo, que por sus perfiles austeros y su silencio, hacen volver la mirada del transeúnte inteligente.

Ábrese la puerta de cristales y ante ella aparece la silueta de un hombre de robusta cabeza sobre dos hombros fuertes.

Este hombre es el señor don Víctor Guillermo Ewing, o sea el Gran Maestro de la Masonería de Chile.

¿Qué cosa es la masonería, señor?

Inmutable, claro y tranquilo:

La contestación la tiene Ud. en el artículo 1° de nuestra Constitución, que dice:

“La francmasonería es una institución esencialmente filosófica y progresista; tiene por objeto la investigación de la verdad, el estudio de la moral y la práctica de todas las virtudes. Trabaja por el mejoramiento moral y material y por el perfeccionamiento intelectual y social de la Humanidad. Reconoce al Gran Arquitecto del Universo y tiene por principios la tolerancia mutua, el respeto a los demás y de sí mismo y de la libertad absoluta de conciencia.

“Se compone de hombres libres, sometidos a las leyes del país en que viven, que se reúnen en asambleas regidas por esta Constitución y por reglamentos particulares que están en armonía con ella”.

¿Dentro de las sociedades modernas, la masonería ha dado muestras de ser un elemento de verdadero progreso?

Evidentemente, y en todos los sentidos de la vida y en todos los campos de la acción; ya dentro de la beneficencia, ya dentro de la cultura de las masas, ya dentro de las injusticias de los hombres que rigen los pueblos, ya dentro del desamparo de las gentes y ya dentro de las inmoralidades del despotismo social. En todas partes, en todas las esferas, el sociólogo podrá ver, como un buzo ve el fondo desconocido de los mares, la silenciosa, tesonera y benéfica obra de la masonería.

¿Y por qué trabajan ustedes en secreto?

Porque uno de los principios fundamentales de la masonería es la gran frase de Jesucristo: “Lo que haga tu mano derecha debe ignorarlo la izquierda”.

Y en lo que toca a Chile, señor, ¿cuál ha sido la obra de la masonería?

La respuesta a su pregunta está ceñida a mi primera respuesta, o sea, a la en que le explico por mis labios cuál es la obra de la masonería dentro de las sociedades modernas.

¿Y podría decirme el ex Gran Maestro, qué hecho de trascendencia registra en sus anales la masonería en Chile?

El más grande de todos los hechos dentro de nuestra vida nacional: la guerra de la independencia, debemos recordar que ella se germinó en el heroico silencio de la Logia Lautarina. Hermanos de ella fueron San Martín, O'Higgins, el general José Miguel Carrera, Manuel Rodríguez y el sacerdote Camilo Henríquez, prócer de la Patria y padre de nuestro periodismo.

Callé por algunos minutos prisionero de un franco sentimiento de asombro.

¿Qué opinión le merece, señor, el que ciertos espíritus de su país digan que la masonería pueda atentar a la tranquilidad pública?

El más craso de los errores, la más absurda de las fantasías, la más torcida de las suposiciones; como comprobación de ello, voy a leerle la parte culminante de uno de los artículos primordiales de nuestra Constitución:

“Todo Hermano, como masón y como ciudadano, tiene el deber absoluto de observar y respetar rigurosamente las leyes y las disposiciones del país que habitare”.

¿A qué atribuye Ud. la súbita hostilidad con que algunos políticos han visto a la masonería?

Hablándole a Ud. en conciencia puedo decirle, que pienso en que las altas esferas gubernativas, quizás tienen adquirido algún compromiso con un partido político, y que ese partido ha visto llegada la hora de que su compromiso se cumpla...

Después de unos instantes de silencio:

Señor, ¿y qué concepto le ha significado a su conciencia la Orden del Día, del señor Ministro de la Guerra, general Boonen Rivera, por la cual prohíbe a los militares pertenecer a las logias masónicas?

El señor Ewing, con palabra terminante y altivísimo gesto:

Con respecto a eso, y con todo el respeto al general Boonen, puedo decirle que su Orden del Día, la considero un afrentoso e inmerecido insulto a los miembros del Ejército y un atropello a las libertades individuales y a los derechos de la conciencia.

Callamos; y en seguida:

¿Qué hay de cierto en lo que algunos diputados conservadores han dicho, con respecto a la influencia de la masonería en lo que se refiere a los ascensos en la Marina, en el Ejército y en los puestos públicos?

El severo personaje respondió así:

Esa, que puedo considerar leyenda, no tiene fundamento lógico ninguno; la masonería jamás ha intervenido en esta clase de asuntos; su labor es otra en la vida y sobre todo, los ascensos del Ejército y la Marina, todo el mundo sabe, que se hacen por méritos, por antigüedad, por leyes que mal podría turbar una institución de orden moral. El que se afirme lo contrario, no tiene más significado que el de uno de tantos ataques a nuestra institución.

¿Se ha mezclado alguna vez la masonería en política?

Nunca; puedo asegurárselo; podríamos comprobarlo...

Dentro de las Logias los militares que pertenecen a ellas, ¿tienen algún cargo?

Ninguno; y ello se debe a que los militares nunca han querido aceptarlo: se limitan a ser simples masones.

¿Está reñida la masonería con las ideas religiosas y políticas?

En ningún caso, en ningún tiempo y en ningún país; la masonería respeta todas las religiones y todas las ideas; le repito que es una sociedad que busca el perfeccionamiento

moral de los hombres y la fraternidad humana. Puedo citarle dos casos que confirman mi declaración: el presidente del Partido Conservador, en la ciudad de Los Ángeles, don Alejandro Baquedano, que era militar, fue durante muchos años Venerable Maestro, o sea, presidente de la Logia de esa ciudad, y murió en calidad de tal. Otro caso, que consta en los archivos masónicos de Santiago: en vida de mi padre, hace años, en una de las más importantes logias de la capital trabajaban, como meritorios, correctos y entusiastas masones, dos reverendos padres mercedarios, cuyos nombres lamento no poder darle en estos instantes.

¿De manera que en la masonería de Chile están afiliados algunos conservadores?

Muchos!...

¿Y sus ideas y su fe son respetadas?

Le repito que la Masonería no es una religión ni una entidad política. Respeta todos los credos, todas las ideas, todas las costumbres, ceñidas a la moral y todas las categorías sociales.

¿A qué se debe el secreto riguroso que observan ustedes para sus reuniones?

La masonería nació hace muchos siglos en el silencio; sus ritualidades tuvieron que luchar con la persecución encarnizada de la época; desde entonces su principio fue el secreto, y los masones del mundo a través de los tiempos, han querido perpetuar la tradición. Lo que se diga de tenebrosos ritos, de trágicas fórmulas y de terribles hechos son novelas, simples folletines para suspender el ánimo del populacho y a los espíritus sencillos – respondió el gran masón, con gesto regocijado.

Esta ha sido mi entrevista, señor Director, con el ex Gran Maestro de los francmasones de la República.

*Documento.- Discurso de Augusto Orrego Luco en homenaje a Eduardo de la Barra, en 1900.*²³

EDUARDO DE LA BARRA



Discurso pronunciado en la velada que el 21 de Mayo, celebró el Ateneo de Santiago en memoria del señor de la Barra,²⁴

Siento, señores, que al levantarme a hablar en esta ceremonia, voy a despojarla del hermoso carácter que debiera haber tenido.

²³ Augusto Orrego Luco (1849- 1933). Iniciado en la RL Deber y Constancia N°7, de Santiago, el 29 de abril de 1970. Permaneció como miembro activo hasta el 3 de mayo de 1878.

²⁴ Este texto fue publicado en La Revista Nueva, Tomo I, N°3, Santiago, junio 1900, páginas 177 a 188. [Se ha modernizado la ortografía].

Hoy, que la posteridad principia para Eduardo de la Barra; hoy, que por primera vez se evoca su recuerdo, como se evoca una sombra, su imagen debiera levantarse en medio de una imparcialidad serena, tal como se levantará más tarde en el escenario de la historia. Esta ceremonia es, señores, un eco anticipado del fallo que la posteridad le va a acordar.

Y yo no puedo presentarme como es eco anticipado. No puedo desprenderme de los lazos que durante el transcurso de su vida nos ligaron; ni olvidar que si siempre no hemos combatido juntos en defensa de una misma causa, un afecto cariñoso cubrió siempre nuestras más hondas y más graves divergencias.

Mirando hacia atrás, nuestros recuerdos iban a confundirse en una misma hermosa y alegre mañana de la vida, y mirando hacia adelante, las esperanzas de los dos iban también confundidas a perderse en los mirajes de un ideal común. No puedo ser el juez imparcial que va a juzgarlo, no puedo ser el que tranquilo y fríamente rasgue el velo con que durante su vida las pasiones y los afectos lo envolvieron.

Más aún, he aceptado el peligroso honor de presentarlo bajo su faz más personal, más provocadora y más ardiente, en los momentos en que el vértigo de la lucha lo envolvía, y se dejaba arrastrar por la polémica.

Sin embargo, no necesito, señores, excusarme. No habría podido negar mi concurso a esta velada. No habría podido negarme a contribuir a honrar a un hombre que ha hecho tan largos y tan crueles sacrificios para honrar nuestras letras y la generación a que él perteneció.

Esa generación entró a la vida en los momentos mismos en que se operaba entre nosotros una evolución trascendental, que nos envolvía, nos arrastraba; pero de que no podíamos entonces darnos cuenta. La vida de Eduardo de la Barra iba a seguir la suerte de aquella evolución.

Esa generación nació a la vida intelectual en medio de la grande y abrasadora agitación de la Francia republicana del año 1848. La elocuencia tempestuosa de sus ardientes oradores, el entusiasmo de sus poetas, las doctrinas de sus publicistas, resonaban entonces en el corazón de nuestra juventud, y durante muchos años más, continuaron todavía calentando nuestra atmósfera moral.

Los escritores de esa hermosa florecencia de la literatura francesa estaban constantemente en las manos de la juventud de aquellos días. El arte trazaba alrededor de aquella generación un círculo mágico que encerraba y encantaba su vida. Mirando hacia atrás, veía levantarse en medio de las sombras oscuras de la historia, esas poéticas y grandiosas exhumaciones del pasado que hacía Michelet, y mirando hacia adelante, veía brillar, en medio de la oscuridad del porvenir, esas espléndidas evocaciones del ideal con que la deslumbraba Víctor Hugo; y Lamartine, sobre cuyas alas no había caído todavía el polvo de la vida y en cuya alma apasionada solo habían encontrado un eco las melancólicas y dulces tristezas de un amor desgraciado y los grandes infortunios de los pueblos, derramaba sobre nuestros sueños el perfume de una poesía embriagadora y transformaba a nuestra vista, en grandiosa epopeya, las pasiones y las luchas políticas.

Lammenais, con una elocuencia tempestuosa, grababa en los espíritus el amor a la verdad, a la justicia y al derecho, y nos mostraba en el Evangelio, el ideal supremo de la vida. Edgard Quinet, encendía en el alma una fe inquebrantable en el progreso, el inevitable desarrollo de todo lo que es bueno y verdadero, y en la ineludible muerte del error.

Y detrás de ellos, asomaba Voltaire, con su sonrisa incrédula, Rousseau, con su elocuencia apasionada, Pascal, con su sublime ironía, Diderot, con sus paradojas geniales. Y

debajo de ellos, todo un mundo brillante de escritores, que hacían eco a sus ardientes enseñanzas y contribuían a hacer incesante y viva aquella formidable y trastornadora propaganda.

Al calor de esa atmósfera moral, brotaba espontáneamente el entusiasmo, el amor al arte, una ciega y profunda fe en el triunfo de la justicia y la verdad.

Se sentía el vértigo del bien, la aspiración constante a algo noble y elevado. Todas las materialidades de la vida, las complicaciones de la realidad, desaparecían delante de las miradas siempre fijas en el ideal, en el hermoso y lejano horizonte de las grandes esperanzas.

Así vivíamos, en medio de esa atmósfera saturada de sueños y de ideal, cuando sonó la hora de la acción.

En 1870, una elección se preparaba.

La oposición liberal buscaba una candidatura que oponer a la poderosa candidatura levantada por el partido de gobierno. Una convención se reunió para designar al candidato. Al salir de la sala, un profundo y sagaz observador decía sonriendo: “hace veinte años, en esta misma sala, se reunieron los hombres más ricos de Chile para elegir como candidato al de más talento. Hoy se han reunido los hombres de más talento para elegir al más rico”.

Aquella frase encerraba algo más que una picante ironía: era un signo del tiempo – como se decía en aquella época – que ponía de relieve la honda transformación que se operaba en el seno de nuestro organismo político y social; era un signo de la evolución que iba poco después a someternos al imperio inexorable de los intereses materiales, cuya mano abrumadora y helada no se dejaba sentir todavía sobre la frente de aquella juventud, y aún no pesaba sobre las alas de sus ambiciones y sus sueños.

El partido de gobierno contaba entonces con el poderoso apoyo de la Iglesia, que la oposición se veía en la necesidad de combatir para restablecer el equilibrio electoral. Apartar a la Iglesia de la lucha; hacerle sentir que valía más el respeto de todos que los favores de un gobierno; que su misión era más eficaz y era más grande mientras más se alejara de las querellas de partido.

Esa era la consigna de la prensa liberal, y obedeciendo a esa consigna escribió Eduardo de la Barra sus “Saludables advertencias”.

Conocéis esa polémica, que ha tenido una popularidad tan duradera y tan ruidosa. Yo debo tratar de explicaros su forma extraña, ese disfraz conventual en que se envolvió su autor, y el singular abandono de un estilo brillante, lleno de graciosa elegancia a que debía su pluma toda su fuerza y su prestigio.

El más ingenioso y más ático de nuestros polemistas, Ambrosio Montt, había ya iniciado la lucha en una serie de artículos en que la espiritualidad de la frase, la distinción suprema y risueña de su fina ironía hacían olvidar la audacia irreverente del ataque.

Estaban todavía frescos los recuerdos de aquella polémica brillante y habría sido temerario renovar la lucha en el mismo terreno y en la misma forma en que tan hábilmente la había mantenido Ambrosio Montt; habría sido temerario irse a comprometer en un inevitable y desgraciado paralelo. Para eludirlo era necesario colocarse en condiciones diametralmente opuestas.

Fue la necesidad del contraste la que hizo a Eduardo de la Barra abandonar en las “Saludables advertencias” el elegante y pintoresco corte de su estilo, y envolverse en el pesado y arcaico lenguaje de los claustros.

Por otra parte, ese traje de convento daba al ataque más autoridad y tenía la ventaja de acentuar claramente la tendencia que dominaba esa polémica: un profundo respeto a la conciencia religiosa, y una guerra abierta a las tendencias políticas que asomaban en la iglesia.

Para que produjeran todo su efecto esos artículos, era, pues, necesario imponerle al arte un sacrificio, y otro sacrificio, a la vanidad del escritor. Era necesario envolverse en un disfraz, que la curiosidad no pudiera penetrar.

Y para realizar ese propósito podía contar Eduardo de la Barra con un talento de mímica literaria en que no ha tenido rival entre nosotros. Era maravillosa la fidelidad con que imitaba hasta los accidentes más imperceptibles y caprichosos de un estilo. Gracias a esa facultad, pudo en sus polémicas cubrirse con todos los disfraces, y en sus últimos años restaurar con tanta fortuna los viejos poemas españoles.

El secreto de ese anónimo fue durante algún tiempo extraordinariamente conservado.

Buscaban por todas partes al autor de las “Saludables advertencias”. Los nombres de algunos eclesiásticos se murmuraban en voz baja. Se recorrían los nombres de todos nuestros grandes y más experimentados escritores. Nadie sospechaba que para encontrar a Erasmus Gesuit, había que ir a una pequeña casita que se escondía al pie del Santa Lucía.

Era el alegre nido de una poeta. Un hogar que se formaba bajo el ala cariñosa de un grande hombre, cuya majestuosa elocuencia brillaba en el seno del Congreso, y cuya gloria literaria se había extendido por toda la América española.

Atravesaba entonces los veinte años - ¡Ah, señores, todo el mundo tenía entonces veinte años! – Era de pequeña estatura. La naturaleza no lo había hecho con grandeza para hacerlo con esmero. Sobre un busto elegante, se levantaba con un gesto peculiar, mezcla de cariñoso interés y de desdén, su hermosa cabeza, en que brillaban grandes ojos claros y luminosos, debajo de una de esas anchas frentes de poeta, de una de esas frentes predestinadas a golpearse en las nubes; cubriendo el óvalo de su cara las ondas de su cabellera rubia.

¿Quién habría podido sospechar que era ese joven ingeniero, ese poeta, ese escritor de formas elegantes, que limaba sus frases con esmero, el autor de aquellas páginas en que, debajo de formas pesadas, debajo de una fraseología de convento, erizada de citas latinas y de textos teológicos, circulaba sordamente una corriente que parecía brotar del seno de viejos rencores?

Esa opinión tan extendida que encierra el talento dentro de un orden especial de facultades; esa opinión que no acepta que la poesía y la ciencia, que la imaginación y la lógica, puedan vivir juntas, era lo que guardaba con más fuerza el secreto de ese anónimo.

Y ahora, señores, esa multiplicidad de facultades de que Eduardo de la Barra daba pruebas desde los primeros pasos de su vida de escritor, es precisamente lo que nos viene a poner de manifiesto que poseía un talento verdadero.

Esa flexibilidad intelectual, que le permitía someter sus ideas a la lógica rigurosa de las ciencias matemáticas, y sujetar sus frases al ritmo cadencioso de las formas métricas; que le permitían seguir con igual facilidad, el lento y paciente desarrollo de una observación basada en el análisis, y esas concepciones de la filosofía de la historia que atraviesan vertiginosamente siglos de la vida humana en sus síntesis grandiosas; esa necesidad de conocerlo todo para comprenderlo todo, – porque no hay ciencias independientes que se puedan cultivar aisladamente, sino ciencias que se eslabonan y confunden, que se explican y se completan

mutuamente – esa avidez de ideas, y ese culto por la forma, es el signo más visible, es lo que mejor caracteriza a todos los talentos superiores.

Como decía Pascal en su enérgico lenguaje: “la grandeza no se muestra colocándose en un solo extremo sino tocando los dos extremos a la vez”; “On montre sa grandeur non en étant á une seule extrémité, mais en luttant les deux extrémités a la fois”.

Pero había, señores, en aquel joven escritor, algo más que esa multiplicidad de facultades, que esa flexibilidad reveladora.

Ese hombre de progreso, que amaba con tanto ardor el porvenir y que cultivaba con tanto entusiasmo el estudio de la ciencia, cuyas miradas están perpetuamente fija en el lejano horizonte a que avanzamos, era al mismo tiempo un adorador fervoroso del pasado, justificando así la observación de un distinguido crítico francés quien decía: “que aquellos en quienes una poesía fecunda y generosa se junta a una razón recta y sana, experimentan un encanto indecible, al recoger las tradiciones y las leyendas de otros tiempos, al adivinar, al reconstruir en su pensamiento los siglos transcurridos, las generaciones sepultadas, los imperios hundidos en el polvo”.

Para la curiosidad inquieta de ese género de espíritus, que quieren recorrer en toda su amplitud el horizonte inmenso de la vida intelectual, hay, señores, un escollo peligroso: los atrae el brillo de la verdad, pero también los fascina la oscuridad del misterio; despiertan el aplauso y la admiración mientras caminan en la plena luz de la ciencia, y los vemos con tristeza perderse y extraviarse entre esas quimeras monstruosas que flotan en la oscura región de las visiones. No se puede, señores, romper impunemente el triple sello de la ciencia oculta!

Hay en los bosques tropicales plantas de una belleza encantadora, cuyo perfume penetrante embriaga y envenena al que se acerca!

Muy lejos estaba todavía Eduardo de la Barra de acercarse al borde vertiginoso de ese abismo, cuando escribía los artículos de su primera polémica. Solo dejaba entonces entrever el lado viril y vigoroso de su espíritu, sus enormes facultades de trabajo y su habilidad de polemizar.

Luego iba a mostrarnos que era su pluma también infatigable.

Resonaba todavía el eco palpitante de esa lucha agotadora, cuando un nuevo incidente lo arrojó otra vez en la polémica.

Discusiones odiosas al borde de una tumba abierta, levantaron la ardiente y larga cuestión de cementerios. La inició en el Congreso don Domingo Santa María con uno de esos discursos de elocuencia conmovedora, en que hacía vibrar la nota sonora de la indignación con un vigor que no ha sido nunca superado entre nosotros. Eduardo de la Barra la llevó a la prosa, provocando una polémica en que iba a tener por adversario al más elocuente y batallador de los obispos chilenos.

Aquella lucha, empeñada en el terreno de una discusión teológica, era profundamente desigual, y sin embargo, en esa lucha, no fue Eduardo de la Barra desgraciado. Dentro del terreno mismo en que los hombres de iglesia planteaban la cuestión, defendió con raro talento sus doctrinas.

Apenas esa polémica había terminado, cuando otra nueva lo envolvía.

Todas esas discusiones ardientes habían ido desarrollando una atmósfera moral, en que los problemas religiosos se agitaban con pasión.

En medio de esa atmósfera, don Zorobabel Rodríguez arrojó su estudio sobre las obras de Bilbao. Esa crítica, acerada y desdeñosa, produjo entre los apasionados admiradores de Bilbao la más viva, la más profunda indignación.

La vida accidentada y dramática del joven tribuno, perseguido y proscrito; el lirismo sentimental de su elocuencia; la generosidad y nobleza del ideal que perseguía, envolvían la figura de Bilbao en una hermosa aureola. En la imaginación de aquella juventud, la figura de ese audaz reformador, se levantaba eternamente en la actitud soberbia en que apelaba a la posteridad, buscando amparo en contra del jurado que lo condenaba a la pena de blasfemo. ¡Y pensar que nosotros candorosamente nos creíamos aquella posterioridad vengadora a que dirigía Bilbao esa apelación suprema y elocuente.

Eduardo de la Barra recogió aquella audaz provocación, y contestó con un libro de polémica en que hacía la apoteosis de Bilbao, oponiendo la leyenda del amor a la leyenda del odio; a la pasión implacable que no conocía la excusa, el entusiasmo ardiente que no concebía el error, y lo envolvía todo en una admiración sin reserva.

Con ese libro vengador, concluyó para Eduardo de la Barra el período heroico de su vida de escritor.

Más tarde, en sus polémicas sobre nuestras luchas de partido, sobre asuntos internacionales, cuestiones de filología y sistemas de enseñanza, a pesar del brillo de su pluma, no consiguió despertar el interés y la impresión de sus primeras polémicas. Se aplaudía el arte; se admiraba el esfuerzo.

Pero, señores, si no volvió a encontrar la brillante inspiración de otros días, tal vez la falta no fue suya. Tampoco volvió a encontrar el entusiasmo, el interés apasionado y vivo, esa corriente de secreta y misteriosa simpatía de la atmósfera moral que en otro tiempo lo envolviera. Una transformación completa ya estaba consumada, y era otra la ambición y otros los sueños que dominaban y apasionaban los espíritus.

Los que han vivido en esas luchas de la prensa, os confesarán que hay momentos en que se escapan de la pluma, frases en que no se pensaba al escribirlas. Parece que un desconocido se acercara a su mesa de trabajo, les tomara la pluma, escribiera esa frase, y pasara. Son las expresiones más calientes, son las palabras aladas, que van a dar vida y movimiento a la polémica.

Ese desconocido, señores, es la inspiración, es la simpatía, que viene en medio del público, del corazón de los lectores, y que sostiene y levanta al escritor.

Hay una reacción invisible, incesante, entre el polemista y su público. El escritor le da forma a lo que flota en la atmósfera moral que lo rodea; le da una expresión a lo que todos piensan; envuelve en una palabra el sentimiento que palpita; pero también, señores, solo los que han respirado en esa atmósfera moral, los que han pensado lo que él escribía, los que han sentido la agitación de esos mismos amores y esos mismos odios, son los que más tarde lo pueden comprender, los que saben todo lo que encierra una palabra, todo lo que significa una alusión. El polemista, hijo caprichoso de la inspiración y del acaso, solo vive lo que viven las circunstancias que lo crearon.

De sus enormes esfuerzos, de sus luchas agotadoras, solo quedan gérmenes invisibles y fecundos que el tiempo hará más tarde florecer; solo quedan flotando, sentimientos que no se sabe de dónde vienen, ideas, cuyo padre se ha olvidado.

Y al llegar al ocaso de la vida, quizás con más razón que Goethe en su vejez, pudo decir el polemista:

No escucharéis gozosos mi renaciente canto,
Vosotros para quienes la cítara pulsé;
Deshízose ay! el coro, que comprendió su encanto,
Apenas apagándose el eco débil fue.
Hoy mis acentos oye tropel desconocido,
Y hasta su mismo aplauso me hieló el corazón;
Los pocos que a mi canto prestaron oído,
Si alientan, lejos viven en triste dispersión.

Augusto Orrego Luco²⁵

Archivo Masónico saluda al VH Sebastián Jans Pérez



Gran Maestro de la Gran Logia de Chile (2018-2022)

²⁵ Augusto Orrego Luco ingresó a la Masonería el 29 de abril de 1870, al ser iniciado en la Logia Deber y Constancia N°7, de Santiago. Permaneció activo hasta 1877.

ÍNDICE

Humberto Molina Luco y la Masonería de su tiempo	03
La incorporación de Oswald Wirth a los planes docentes de la Gran Logia	13
Entrevista a Víctor Guillermo Ewing (1916) [Documento]	25
Eduardo de la Barra [Documento]	27